



POR EL BIEN DE ROMA

José Antonio López

POR EL BIEN DE ROMA



Primera edición: junio 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Antonio López

ISBN: 978-84-10253-72-8

ISBN digital: 978-84-10253-73-5

Depósito legal: M-14138-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para José Ramón, narrador infatigable y constructor de héroes,
caesar de este relato.*

«El pueblo de los bucólicos dio comienzo a disturbios en Egipto y, bajo la dirección de un tal Isidoro, un sacerdote, hizo que el resto de egipcios se rebelaran. Al principio, vestidos con ropas de mujer, engañaron al centurión romano haciéndole creer que eran mujeres de los bucólicos y que le iban a entregar oro como rescate por sus maridos, matándolo cuando se aproximó a ellos. También dieron muerte a su compañero y, tras pronunciar un juramento sobre sus entrañas, se los comieron».

DION CASIO, *Historia Romana*, Epítome del Libro LXXII, 4, 1.
Traducción de Antonio Diego Duarte Sánchez.

ÍNDICE

- AUGUSTO: SIRMIO, PANONIA, INVIERNO DEL AÑO 180 d. C.17
- UN CENTURIÓN SE INCORPORA A SU NUEVO DESTINO: SELEUCIA PIERIA, SIRIA,
VERANO DEL AÑO 175 d. C.27
- DESPOJOS: AD DRINA, PANONIA, INVIERNO DEL AÑO 180 d. C.45
- AFILANDO LAS ARMAS: ANTIOQUÍA, SIRIA, VERANO DEL AÑO 175 d. C.63
- AQUELLOS CUYA CARNE DEVORAMOS: EN ALGÚN LUGAR ENTRE PANONIA Y MESIA,
INVIERNO DEL AÑO 180 d. C.75
- CUMPLIENDO ÓRDENES: VÍA ASIANA, SIRIA, VERANO DEL AÑO 175 d. C.97
- HIERRO Y FUEGO: FUNDO PORCIO, MESIA, INVIERNO DEL AÑO 180 d. C. 111
- EPÍLOGO: CASTRA PRAETORIA, CUATRO DÍAS ANTES DE LAS CALENDAS DE ABRIL DEL
AÑO 193 d. C.139

PERSONAJES

CARNUNTO, PANONIA, AÑO 175 d. C.

Marco Cloelio, frumentario del emperador.

Sexto Autronio, centurión al mando de los frumentarios.

Marco Rufo, prefecto del pretorio.

Tito Numicio, frumentario.

ANTIOQUÍA, SIRIA, AÑO 175 d. C.

Publio Antoniano (Marco Cloelio), centurión incorporado a la legión III Gálica.

Avidio Casio, rector de Oriente, usurpador del trono imperial.

Higinio, liberto, secretario particular de Casio.

Eugenio, agente de Marco Aurelio en Antioquía.

Demetrio, mayordomo de Eugenio.

Aulio, ayudante del cuestor de Siria.

Alejandro, cuestor de Casio en Siria.

Aristarco, decurión del ala II Gálata.

Alejo, duplicario del ala II Gálata.

Mecio, sesquiplicario del ala II Gálata.

Dimas, portaestandarte del ala II Gálata.

Celio, jinete del ala II Gálata.

Durmio, jinete del ala II Gálata.

Fidias, capitán del buque mercante Acaia.

LA CORTE IMPERIAL Y EL EJÉRCITO ROMANO EN SIRMIO, PANONIA, AÑO 180 d. C.

Marco Aurelio, emperador de Roma.

Tiginio Perenne, prefecto del pretorio.

Claudio Pompeyano, Brutio Presente, Vitrasio Polión, Quintilio Valerio y Quintilio Condiano, amigos y consejeros del emperador.

Ciriaco, liberto al servicio de Marco Aurelio.

Marco Cloelio, frumentario del emperador.

Sexto Autronio, centurión al mando de los frumentarios.

Rubelio, decurión del ala I Hispana.

Salvio, duplicario del ala I Hispana.

Vedio, sesquuplicario del ala I Hispana.

Otón, portaestandarte del ala I Hispana.

Lartio, jinete del ala I Hispana.

Apio Calidio, prefecto de la cohorte I Nórica Ecuestre.

Quinto Poncio, prefecto de la cohorte III de Bátavos.

Lucio Seyo, centurión de la cohorte VI de la legión IV Flavia.

Sexto Titurio, centurión de la cohorte VII de la legión IV Flavia.

Tito Numicio, frumentario.

AD DRINA, PANONIA, AÑO 180 d. C.

Lucio Tigidio, duoviro.

Gilberto, cazador germano.

LA HERMANDAD, AÑO 180 d. C.

La Señora, sacerdotisa del culto al Gran Río.

Espurio Fuso, antiguo tribuno romano.

Obas, guerrero nubio.

Zaqueo, maestro de armas griego.

Ulric, guerrero marcomano.

Sergio Tucio, antiguo centurión romano, desertor de la cohorte VI Tracia.

Aniceto, médico griego.
Maga, sacerdotisa sármata.
Edwina, curandera germana.
Olinta, prostituta de Sirmio.
Medar, guerrero sármata.
Soru, marino sardo.

AUGUSTO: SIRMIO, PANONIA, INVIERNO DEL AÑO 180 d. C.

I

El centinela oyó a los jinetes mucho antes de verlos, delatados por el ruido amortiguado de los cascos y un relincho contenido. En el aire gélido, la bruma extendía un velo pesado que ocultaba a caballos y hombres, hasta que surgieron a poco más de una docena de pasos del infante.

—¡Alto! —ordenó el guardia, apuntando con su lanza hacia los jinetes—. ¡Deteneos!

Los jinetes frenaron sus monturas, y el que marchaba en cabeza echó atrás la capucha de su manto, descubriendo el rostro:

—Marco Cloelio, frumentario del augusto Marco Aurelio —contestó.

—¿Quién os acompaña? —continuó preguntando el centinela.

—El decurión Rubelio, al frente de una escolta del ala I Hispana —respondió el jinete.

Sin perder de vista a los jinetes, el centinela dio una voz que fue respondida desde el puesto de guardia, a una veintena de pasos de la abertura en la empalizada; enseguida apareció un optio con dos infantes de la cohorte V Dálmata, y, tras comprobar la credencial de Cloelio, les permitió pasar sobre el puente que salvaba el foso.

El grupo montado trotó hacia otro puente sobre un segundo foso, llegando a una puerta flanqueada por dos torres que permitía atravesar la recia muralla de piedra de la fortificación. De nuevo la guardia, esta vez formada por legionarios de la IV Flavia, verificó la identidad de Cloelio antes de franquearles el paso.

Dentro ya del recinto amurallado, el frumentario despidió a Rubelio y sus jinetes y se dirigió al palacio del pretor, un sólido edificio de piedra ampliado en su parte trasera con nuevas dependencias para acoger al augusto Marco Aurelio, que se encontraba allí en Sirmio, la capital de la provincia Panonia Inferior.

Llegado a las puertas de la sede imperial, Cloelio descabalgó y se identificó ante los guardias pretorianos de servicio, entregó el correo a un secretario y se retiró a descansar a su cubículo, en los barracones de la escolta del augusto.

Cloelio estaba agotado: se estiró después de colgar el manto húmedo de una alcayata sujeta a la pared, y se descalzó mientras un sirviente traía pan, queso y vino, que dejó sobre la mesa después de avivar el brasero. Aunque el frumentario compartía habitación con otros tres camaradas, en ese momento estaba solo, por lo que pensaba descansar sin molestias después de comer.

Apenas había mordido el pan cuando la puerta se abrió, dando paso al centurión Sexto Autronio, jefe de los frumentarios; alto, delgado y siempre atento, su poder estaba por encima de su grado militar, pues dirigía el servicio de correo imperial y espionaje, que era la razón de la existencia de los frumentarios. Aunque estos se incluían en las filas de la Guardia Pretoriana a efectos administrativos, realmente el centurión y sus hombres solamente rendían cuentas al emperador.

Cloelio se levantó para saludar:

—Centurión.

—Te estaba esperando, Cloelio —respondió Autronio—. Nos reclama el augusto.

El frumentario se sorprendió.

—¿Ahora? Permite que me adecente un poco...

—No hay tiempo —rechazó el centurión—; ponte las botas y vámonos.

«Nada bueno puede salir de esto», pensaba Cloelio mientras volvía a calzarse, recogía el manto y marchaba detrás de su jefe; seguía teniendo hambre y sueño, pero eso tendría que esperar.

II

Los guardias pretorianos se hicieron a un lado cuando Autronio y Cloelio llegaron a la gran sala donde Marco Aurelio despachaba los asuntos más importantes.

El frumentario revisó sus ropas rápidamente: la túnica estaba manchada, igual que el manto, y las botas embarradas no mejoraban su aspecto; sin embargo, no pudo hacer más que limitarse a seguir a su jefe, entrando en la sala.

Al otro lado de una gran mesa se hallaba sentado Marco Aurelio, rodeado de sus consejeros más importantes: Claudio Pompeyano, Brutio Presente, Vitrasio Polión, los primos Quintilio y el prefecto pretoriano Tigidio Perenne; algo más retrasado se encontraba el liberto Ciriaco, con un sirviente de confianza. Todos permanecían de pie, salvo el augusto, que se giró hacia los recién llegados.

—Augusto, perdonad el retraso —se disculpó Autronio—, el frumentario Marco Cloelio ha regresado de su misión y se presenta para recibir sus órdenes.

Marco Aurelio asintió levemente, mirando a sus frumentarios; luego hizo un gesto a Perenne, que comenzó a instruir a Cloelio:

—Tenéis una misión nueva: en algún lugar al sur de Sirmio, se han congregado unos bandidos, causando dificultades —relató el prefecto—. Debéis averiguar quién los lidera, cuántos son, si hay desertores romanos entre ellos y dónde tienen su campamento.

Cloelio dudó unos instantes antes de formular una objeción:

—Con todo respeto, prefecto, lo normal sería enviar una cohorte a perseguir unos bandidos...

—Esta es una tarea de exploración, frumentario —lo cortó Perenne—; y las órdenes son muy claras.

—Sí, prefecto; no es mi intención discutir las órdenes, solamente quería comprender el objetivo de esta misión —replicó Cloelio.

Perenne empezaba a alterarse, pero apenas había abierto la boca para reprender al frumentario cuando una voz débil lo interrumpió:

—Cloelio, acércate.

El frumentario dio dos pasos hacia el emperador y se cuadró:

—Augusto.

Marco Aurelio estaba enfermo, eso era evidente: el rostro demacrado, la frente perlada de sudor y los hombros caídos lo delataban. Pero los ojos del emperador tenían la misma mirada implacable e inquisitiva que Cloelio había captado cada vez que estaba en su presencia. Y, aunque el frumentario sabía que los críticos del agosto lo llamaban a sus espaldas viejecita filósofa, no le cabía ninguna duda de que Marco Aurelio ejercía el gobierno imperial con inteligencia firme y severa, sin dejar de lado la justicia, salvo cuando la púrpura imperial o el destino de Roma peligraban; en esos momentos, Cloelio lo sabía bien, no había piedad para cualquiera que el agosto considerase un peligro.

—Un soldado debe saber lo que se espera de él si ha de desempeñar una misión complicada —dijo el emperador—; por eso, debes entender que estos no son unos bandidos normales. Han atraído a desertores, salteadores, esclavos, y es posible que estén encubriendo o apoyando una conspiración mayor. Así que marcharás en su busca, averiguarás todo lo que sea posible y volverás a informar.

—Así se hará, agosto.

En ese momento, intervino Brutio:

—Pero el frumentario debe llegar vivo para investigar...; debería proporcionársele una escolta.

—Si enviamos una cohorte, llamaremos demasiado la atención —replicó Pompeyano.

—Eso es cierto —aceptó Bruto.

—Bastaría una turma de jinetes; lo suficiente para prestar protección al pretoriano Cloelio sin hacerse demasiado visibles —medió Quintilio Valerio.

Marco Aurelio asintió mirando a sus consejeros y tomó la última decisión:

—Así sea: una turma del ala I Hispana te servirá de apoyo y escolta, Cloelio; pero recuerda que el sigilo y la obtención de la información son las claves de esta misión: no partes a luchar, sino a observar para después informar.

—No lo olvidaré, augusto.

Marco Aurelio hizo una seña a Autronio y Cloelio, que saludaron y se retiraron; antes de cruzar las puertas, el frumentario oyó la voz del otro Quintilio, apodado Condiano:

—Al final, tendremos que enviar un par de cohortes, y quizás incluso un ala.

—Pero eso solamente será oportuno cuando reunamos más información —replicó Pompeyano mientras las puertas se cerraban.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente de la sala, Cloelio se volvió a su superior:

—¿Una búsqueda de bandidos y desertores? —preguntó.

—Ya has oído al augusto, Cloelio —replicó el centurión.

—Sí, pero la lucha contra los bandidos es cosa de las cohortes auxiliares; y eso lo saben los consejeros del emperador.

Autronio asintió, pues conocía perfectamente los problemas que habían causado las bandas de salteadores en Iliria, Macedonia, Tracia y la frontera del río Danubio después de la primera guerra marcomana; y ahora, con la mayor y mejor parte de las legiones y soldados imperiales batallando de nuevo contra germanos y sármatas al norte del gran río, sería mucho más difícil luchar contra la devastación de los bandidos.

—Ya enviaron una cohorte auxiliar: la VI Tracia, del prefecto Sicinio —afirmó el centurión.

Cloelio se detuvo y miró fijamente a su superior:

—Nadie habló de esa cohorte en la reunión —replicó.

—¿Y eso te sorprende? ¿Acaso crees que los consejeros del augusto están para servirte, pretoriano?

La dureza del tono y la mención de su rango hicieron recular a Cloelio:

—No, centurión —asintió—; solamente busco la mayor información posible para llevar a cabo la misión encomendada.

Autronio asintió, pues comprendía los recelos del frumentario:

—Nadie habló de la VI Tracia porque no ha regresado de la misión de búsqueda de los bandidos —dijo el centurión.

Cloelio mantuvo la boca cerrada, evitando irritar nuevamente a su centurión. «No va a ser nada fácil —pensó—, con escolta o sin ella». Ambos soldados marchaban en silencio hacia la puerta del palacio cuando unos pasos apresurados sonaron sobre las losas, justo detrás, y, al volverse, se encontraron con el liberto Ciriaco.

—Centurión Autronio, pretoriano Cloelio: debo hablar con vosotros de la misión —les dijo—; por favor, seguidme.

Cloelio miró a su jefe, que asintió, y ambos soldados marcharon con el sirviente imperial.

III

El cubículo donde Ciriaco se sentó acompañado de los frumentarios era pequeño y estaba atestado de pergaminos, unos encuadernados y otros enrollados. Los tres hombres se sentaron en unos taburetes, y el liberto empezó a hablar:

—La misión es de suma importancia, por eso se envía al frumentario más capacitado —explicó el liberto. Tras esperar un instante, y, como Cloelio no reaccionó ante el halago, Ciriaco continuó—: La preocupación de nuestro augusto ante esta banda de bandidos no se justifica por su número ni su crueldad, aunque de ambas circunstancias se han recibido noticias, sino por aquel a quien invocan en su rebelión.

—¿Invocan algo una pandilla de salteadores? —intervino Autronio, intrigado.

—Hemos recibido informes señalando que los rebeldes apelan a Avidio Casio —respondió el liberto.

Autronio frunció el ceño:

—No fui informado de ese detalle —contestó el centurión—. Además, el traidor Casio está muerto.

Ciriaco asintió.

—Es cierto que el traidor fue eliminado, por eso nos preocupa que se reivindique su memoria: hay algo muy extraño en ello.

—¿Quién os informó? —intervino Cloelio.

—La primera noticia que tuvimos de la invocación del traidor Casio vino de un desertor que fue capturado por una patrulla a unas millas al suroeste de Sirmio; antes de ser ejecutado, el legionario amenazó a sus interrogadores, advirtiéndoles que los seguidores de Casio lo vengarían. Como el prisionero había servido en la legión II Trajana, el centurión encargado de su muerte pensó que era un desvarío producto del miedo, aunque comunicó al tribuno que lideraba su destacamento las palabras del desertor.

—¿La patrulla averiguó de donde procedía el desertor? —preguntó Autronio.

—Eso hubiera sido lo lógico —reconoció el liberto—; pero realmente no se le dio entonces la importancia que tenía. Y, sin embargo, poco después, los bandidos atacaron un asentamiento agrícola en la ruta que se dirige al sur, a Salona. Los pocos campesinos que pudieron escapar avisaron a la cohorte auxiliar VI Tracia, que vigilaba el perímetro exterior de Sirmio; de inmediato, el prefecto Sicinio partió en persecución de la banda, logrando capturar a un forajido herido, que también invocó a Casio antes de morir.

—¿Otro desertor? —preguntó Cloelio.

—Lo ignoramos; solamente sabemos que era griego —respondió Ciriaco.

—¿Hay algún prisionero vivo? —inquirió Autronio.

—No. En los últimos dos meses, se han producido media docena de ataques contra granjas y pequeñas poblaciones en la ruta de Salona. Por eso enviamos a la cohorte VI Tracia de Sicinio, con la misión de localizar el campamento de los saqueadores y destruirlos. Pero ni el prefecto ni sus hombres han regresado de la expedición.

—¿Hasta dónde llegaron? —intervino Cloelio.

—Se ignora.

—¿Se sabe al menos la dirección aproximada que tomaron? —insistió.

—Sí: marcharon hacia el sur por la ruta de Salona, aunque giraron al este en la población de Ad Drina.

—Entonces los forajidos operan cerca de la frontera de Mesia.

—Posiblemente en los territorios donde confluyen las fronteras de Panonia, Mesia y Dalmacia —contestó el liberto—; pero no conocemos el lugar exacto donde se refugian.

—Eso hará muy difícil la búsqueda.

—Por eso el agosto le ha encargado esta misión.

Cloelio no respondió, pensando en la zona donde debía buscar a los forajidos, un territorio devastado por las incursiones de los germanos y sármatas desde que comenzaron los ataques al sur del río Danubio, hacía ya unos quince años.

El campo, con montañas, bosques, ríos y zonas pantanosas, estaba salpicado de granjas, sobre todo alrededor de las rutas que conectaban al sur, en dirección a las ciudades de Salona en el mar Adriático, Aquilea al oeste y Vimiciano al este.

Al norte solamente había guerra, pues en el año anterior los últimos invasores germanos habían sido expulsados más allá del Danubio, después de haber sido derrotados por el prefecto del pretorio Publio Tarutieno Paterno, y, en este crudo invierno, un ejército numeroso bajo las órdenes del legado Valerio Maximiano acosaba a los germanos en sus propias tierras, mientras los sármatas se las veían con el gobernador de Dacia, el veterano Publio Helvio Pértinax.

—No va a ser fácil, desde luego —reconoció Ciriaco—, pero es esencial localizar a los bandidos.

—Pues necesitaremos a la diosa Fortuna pegada a nuestros talones —replicó Autronio con un gruñido.

—Es la voluntad del augusto —insistió el liberto.

—Ya lo sé —replicó de malos modos el centurión—. ¿Tienes alguna información más que podamos utilizar?

—Eso es todo, centurión.

—Pues tienes una maldita misión que cumplir, Cloelio —espetó Autronio, mirando fijamente al frumentario.

De vuelta en su cubículo, Cloelio se sentó en el catre a reflexionar; no le gustaba esta misión, pues las palabras de Ciriaco le habían despertado una extraña inquietud, alertándolo sin que supiera el motivo de su alarma. «Claro que Avidio Casio está muerto, lo maté yo», pensó Cloelio mientras su mente derivaba hasta Siria, hacía ya casi cinco años. Y, aunque sabía que era prudente descansar todo lo que fuera posible, no logró conciliar el sueño en toda la noche.

